MIGUEL HERNÁNDEZ: GERMEN DE UNA COLECCIÓN DE POESÍA PARA NIÑOS

Por
MARÍA LUISA CALVO
Ediciones de la Torre

Mi objetivo y el de la editorial que represento al participar en este Congreso en torno a la obra de Miguel Hernández no es realizar una aportación dentro del ámbito de la investigación o académico, sino colaborar en el objetivo fundamental de todos nosotros que es poner en común todas las aportaciones que amplíen perspectivas con que acercarnos a la obra de Hernández. Ediciones de la Torre quiere dejar de manifiesto la importancia que dicha obra, y no sólo de la obra sino la importancia que la figura de Miguel Hernández tuvo y tiene en el nacimiento y desarrollo de una de nuestras principales colecciones, la colección de poesía para los niños *Alba y mayo*.

Esta colección nace como las mejores obras de todos nosotros, del fracaso y del amor, en este caso, de nuestro empeño en promover a través de la edición la difusión del lenguaje poético.

Al iniciar nuestra andadura, en torno al año 1975, que para muchos supuso nuevas esperanzas, en general hoy insatisfechas, tuvimos la decisión de crear una colección de poesía, y, con toda la ingenuidad y el atrevimiento que acompaña siempre a los principios, nuestro primer deseo fue la busca de poetas noveles, porque creímos y creemos que hay que encontrar nuevas palabras que expresen ese mundo escondido a menudo para la prosa y que es capaz de desvelarnos en un instante tanta inquietud muda, y tanta percepción abortada en su inicio por no encontrar palabra que la nombre.

Pero este intento fue nuestro gran fracaso. Hubo que liquidar la colección iniciada por «derrumbe». En un país que lee poco, la poesía es el último lenguaje de la fila.

En esas estábamos, cuando un buen amigo nuestro, gran conocedor y lo que es tan importante si no más, gran enamorado de la obra de Hernández, Francisco Esteve, nos informó que tenía preparada –estamos alrededor del año 1979– una antología sobre Miguel Hernández para los niños, encargo de una editorial en ciernes que, por diversas circunstancias, no vería la luz.

Como se suele decir, se juntaron el hambre con las ganas de comer. La antología de Hernández la asumimos, como editorial, de inmediato. Este hecho, además tan oportuno, en un momento en que dábamos vueltas a la idea de cómo abordar la edición de poesía desde otra perspectiva, fue toda una germinación amorosa siguiendo la terminología agrícola del poeta; y tan oportuna que, en otro contexto, hubiéramos tildado de «obra del santo de Orihuela».

Pero, una vez iniciada la aventura de esta colección de poesía para los niños, como no creemos en santos que concedan deseos o resuelvan problemas, y problema y bien

grande es mantener una colección de estas características en un país que lee poco y que considera la poesía cercana a lo cursi, confiamos en la riquísima herencia que nos han legado nuestros poetas, pero convencidos de que esta herencia descomunal de la Humanidad, que es el lenguaje, es patrimonio de todos sólo si nos lo apropiamos y somos capaces de interiorizarlo y recrearlo constantemente; desde esa óptica venimos desarrollando la colección Alba y Mayo.

¿Por qué consideramos necesaria la poesía y especialmente en la niñez?

La importancia de la poesía para el conocimiento ya fue asumida por filósofos como Tales, Anaximandro, Anaxágoras, que inician el aprendizaje filosófico encarnándolo en aforismos, poesía, diálogo y drama.

Como dice Ludwig Wittgenstein: «los límites de mi lenguaje significan los límites de mi mundo». Nos apropiamos, hacemos nuestro el mundo a través de la palabra. Si tuviéramos que relacionarnos sólo por nuestros sentidos se empobrecería enormemente nuestra percepción de él. Por eso nacen como una necesidad de comunicación todos los lenguajes, y quizá el más complejo, la palabra. La palabra es la mano que nos une a la realidad y a los otros hombres.

Esto lo comprendieron siempre los poetas. Así, es muy conocido el verso de Juan Ramón Jiménez: «inteligencia, dame el nombre exacto de las cosas».

Pero las cosas tienen muchos nombres y muchas combinaciones de nombres que sugieren y nos comunican aspectos de la realidad que desconciertan y amplían y «ensanchan» como diría Celaya, con experiencias nuevas intuidas.

En el mundo real, se ha dicho, podemos tocar las cosas y tenerlas antes que la palabra que las representa. Las podemos ver o tocar antes de saber o inventar sus nombres. En el mundo estético la palabra nos ofrece «otro» mundo en el que viven y se nos manifiestan nuevas criaturas y misterios inefables. Dice Vasconcelos que son unidades de armonía más que de abstracción y análisis. Por la poesía se consigue el conocimiento en el sentido bíblico del término, es decir nos lo apropiamos y nos unimos a él en un acto de amor.

Centrándonos en los niños, es bien sabido, aunque quizá no suficientemente valorado, que la etapa de la vida en que el hombre está abierto al aprendizaje más complejo del lenguaje, y al desarrollo de todas sus percepciones es la infancia, de tal forma que luego toda su vida es un «recuerdo» de esa maravillosa etapa en la que conocemos el mundo amorosamente.

Por ello es imperdonable, es un acto diríamos de «lesa Humanidad» que privemos a los niños, que son todo ritmo y música en sus primeros movimientos, en sus primeros balbuceos, en su forma de mirar lo que ven, de ese lenguaje, el poético que es un lenguaje infantil en el mejor sentido, en el más hermoso sentido de este término.

¿Por qué Hernández es el germen de nuestra colección?

Porque él dio, sin saberlo, nombre a la criatura. Se llama Alba y Mayo, porque así nombró a la infancia el poeta.

No puede haber nada con más sugerencias de despertar, de nacimiento, de fuerza y de germinación que la imagen del día naciente y de la tierra florecida.

Porque toda la obra de Hernández rezuma amor y confianza cuando no añoranza del niño. Sus hermosísimos poemas a sus hijos, en circunstancias difíciles,

Tu risa me hace libre
me pones alas
soledades me quita
cárcel me arranca

(«Nanas de la cebolla»)

o el terrible poema a su hijo muerto

Desde que tú eres muerto no alientan las mañanas

o el dedicado al segundo cumpleaños de su segundo hijo

sangre mía, adelante,
no retrocedas.
La luz rueda en el mundo, mientras tú ruedas
Ríe. Contigo venceré siempre el tiempo
que es mi enemigo.

o también éstos de las «Nanas de la cebolla», nuevamente:

Ser de vuelo tan alto, tan extendido
que tu carne parece cielo cernido
¡si yo pudiera
remontarme al origen
de tu carrera!

Esos poemas inigualables al niño que somos cada uno, porque todos, o casi todos hemos sido niños, son, en sí mismos, una llamada a engendrarnos a través de nosotros, en la niñez. Son un llamamiento todos ellos, motivado por el deseo y la necesidad de recuperarnos en nuestra más profunda identidad, y que aclama al niño, muchas veces visto por la sociedad como ser inferior, que debe ser domesticado y encarrilado, aclama, digo, a ese niño para que asuma su maravilloso estado en el tiempo de la vida, pues es el tiempo de su amanecer. Le ordena que sea lo que es: movimiento y luz, presente y futuro, verdadero poseedor de la vida, y que como tal alumbre, ilumine, caliente y colme nuestros brazos adultos, carentes ya de tantas cosas.

Este llamamiento es tan importante porque reconoce protagonista a los niños frente a sus vidas y reclama su integración en la Humanidad por derecho propio: la Humanidad los necesita como su aliento vital.

Eres mi ser que vuelve hacia su ser más claro

Es difícil decir palabras más luminosas sobre la niñez.

Y por último, Hernández es germen de la colección porque él y su obra son una simiente viva para una etapa como es la infancia, de germinación profunda y de frutos muy sanos para alimentar a nuestros niños en época tan seca como ésta.

Su lenguaje, lleno de términos rurales, fertiliza con un efecto multiplicador de sensaciones nuevas y primarias, de fuerza y pureza básicas.

Su obra *Viento del pueblo*, cuyo facsímil hemos editado en estos días en coedición con el Instituto Juan Gil-Albert, es en sí misma una declaración de su identidad como hombre poeta y de su convicción sobre la función de la poesía.

En la estremecedora entrada que da nombre al libro

Vientos del pueblo me llevan,
vientos del pueblo me arrastran,
me esparcen el corazón
y me aventan la garganta.

él mismo se considera trigo recogido por el pueblo para su alimento. Imágenes de recolección y siega. Imágenes de fertilidad.

Todo su lenguaje poético está lleno de tierra fértil, en germinación. En ese sentido es un paradigma de la función de la poesía en el lenguaje: como palabra germinal, aventadora de otros mundos que no percibimos. Son mundos de la mal llamada utopía, dentro de los que el hombre, y el niño mejor que ningún hombre, es capaz de hacer germinar sus sueños.

La obra y la vida de Hernández nos permite vislumbrar ese mundo aún hoy. Por ser época de utopías caídas, necesitamos apoderarnos del lenguaje que nos permita nombrarlas y descubrirlas. Buscamos ese lenguaje en los poetas. Los niños son sus mejores herederos.

En estos días estamos recibiendo trabajos de creación poética del primer concurso Alba y Mayo creado en conmemoración de Miguel Hernández. La convocatoria hemos querido que se encabezara con estos versos tan «fértiles».

Aunque mi amante cuerpo
bajo la tierra esté
escríbeme a la tierra
que yo te escribiré.

Esperamos pues los frutos de la tierra hernandiana.

Queremos terminar apropiándonos de los últimos versos de la elegía segunda a Pablo de la Torriente y convertirlos en elegía para el propio Hernández, como la forma más hermosa de manifestar nuestra admiración y agradecimiento a su obra:

Ante [Miguel] los días se abstienen ya y no andan.
No temáis que se extinga su sangre sin objeto
porque éste es de los muertos que crecen y se agrandan
aunque el tiempo desvaste su gigante esqueleto.